

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 15 OCTUBRE 1959
NUM. 601 AÑO XII

Contra lo que no se puede



Con tanta ciencia y tantos adelantos técnicos como posee el hombre contemporáneo no ha podido dominar, aún, una cosa tan común y cercana como son los fenómenos meteorológicos. Se han lanzado cohetes a la Luna; estamos en visperas, según los pronósticos, de poder realizar viajes interplanetarios; ya no tiene misterios la infinitesimal estructura del átomo y, sin embargo, una cosa tan inmediata y cotidiana como son las formaciones tormentosas de la atmósfera, continúan siendo una amenaza permanente para los pueblos. Ciclones, inundaciones, trombas, y demás fenómenos destructores, se suceden, ora aquí ora allá, indefectiblemente, produciendo catástrofes irreparables en vidas y bienes materiales. Contra esos infortunios solo caben hasta ahora las previsiones defensivas, el estado de alerta que aminore relativamente sus fatales consecuencias.

Por fortuna no es nuestra península ibérica blanco preferido de los desastres telúricos. No estamos en zona actualmente propicia a las peores contingencias de este orden. Sin embargo no dejamos de pagar nuestro tributo de duelo a los manes del furor ciego de la naturaleza, de vez en cuando los españoles. Valencia, Ribadellago, son nombres de triste recordación por las sendas desgracias de que han sido objeto.

El agua, ese elemento precioso tan indispensable a todo ser orgánico, y sin el cual la vida sería imposible a nuestro planeta se convierte a veces en un enemigo implacable. En forma de tromba o impetuosa corriente ocasiona verdaderas catástrofes. No hay fuerza humana capaz de dominarla cuando se desborda en cantidad masiva. Bajo su impetu arrastra todo lo que encuentra a su paso, y, en pocas horas, destruye lo que ha costado lar-

gos años de improbos trabajos. Solo podemos atenuar sus estragos mediante obras preventivas, realizadas costosa y pacientemente en tiempo bonancible. Cuando su amenaza es sólo latente.

No obstante, a pesar de lo cara que resulta la experiencia, en vidas y valores materiales, siempre resulta insuficiente la previsión habida cuando el mal se presenta. Más aun si en largo periodo de bienestar atmosférico nos ha hecho olvidar el peligro. El ahorro de desvelos previsores nos cuesta a menudo enormes fortunas en dinero, e irreparables pérdidas humanas. Cuando la tragedia sobreviene todo son lamentos, consternación y apremios de socorro, que desgraciadamente suelen llegar demasiado tarde. El dicho popular de que sólo nos acordamos de Santa Bárbara al oír los truenos, es una comprobada verdad. Mientras el sol luce y la naturaleza es sensata atendemos únicamente lo inmediato y rentable. Nos absorben los problemas del momento y dejamos para luego aquellas eventuales cosas que al llegar ese luego, ya es demasiado tarde para realizarlas. Queremos aplicar el remedio cuando el mal ya no lo tiene.

Este es un grave defecto de nuestro natural humano. Así en lo grande como en lo pequeño «Qui no adoba la gotera ha d'adobar la casa entera», reza otro refrán. Y así es. Por no canalizar un pequeño reguero, tenemos luego que encauzar un río. Cuando ese río ya se nos ha llevado los recursos de que disponíamos para encauzarlo. Cualquier día va a pasar tal cosa, decimos, y lo vamos repitiendo hasta que llega ese día fatal, y los pronósticos se cumplen con exceso.

En nuestra ciudad no hemos tenido que lamentar, desde hace muchos años, desgracias por efectos pluviales. Nuestra situación geográfica es bastante buena en este sentido. Sin embargo, no quiere esto decir que estemos exentos de todo peligro. Los cauces de que disponemos no están lo suficientemente acondicionados para recibir una excesiva acumulación acuosa. Las recientes tormentas lo han demostrado. Por eso no podemos estar demasiado confiados y si algo pue-

Sintonia

CENTROS

Dice el diccionario que, centro es el punto medio de cualquier cosa. De ahí que el centro de cualquier cosa siempre haya contado con todas las atenciones. El de una mesa por ejemplo, siempre se ve adornado con algún detalle artístico gracias al buen gusto de la señora de la casa.

La palabra centro también designaba, en otros tiempos, a ciertos locales donde convergían en horas de asueto, muchos asiduos concurrentes con el fin de encontrar solaz a sus ocupaciones o jornadas habituales. «Centro recreativo» era uno de los más predominantes. Cada pueblo lo tenía. Luego empezó el uso de la palabra exótica, «club», en lugar de la de centro y parece que con ello nos vestimos con más pompa

También cada pueblo, o ciudad tiene otro centro: el de su casco urbano, que muchas veces, como el nuestro, nada tiene de recreativo. Cuando no hace mucho tiempo un celebrado literato escribía que las ciudades tendrían que ser proyectadas de desde la periferia para adentro, no se salía de sus cabales. El escritor razonaba muy cuerdamente.

De seguir este sistema, las calles se quedarían a mitad del camino. En el punto preciso que delimitaría lo tranquilo de lo inhabitable. En lo que a nosotros, o a nuestra ciudad se refiere, las calles se habían parado mucho antes de encontrarse con todos los disgustos veraniegos, nocturnos y diurnos. Nos habríamos guardado a distancia para que no nos llegaran todos estos vahos de cocina hotelera que ahora respiramos. Estas edificaciones veraniegas que, poco a poco nos van asfixiando en sus emplazamientos estratégicos, o nos van cegando la visualidad de la campiña circundante, las habríamos visto como quien dice a vista de pájaro.

Solamente una cosa habríamos dejado llegar hasta el mar, igual a como llegan ahora: las dos rieras vecinas. Sin importarnos un bledo de que pudieran estar taponadas. Hasta, quizá, todos habríamos contribuido a ello, echando los escombros cotidianos en sus lechos.

Porque ya no les habríamos temido a las inundaciones.

de hacerse para prevenir lo irreparable vale la pena que se haga. Cuanto antes mejor. No debemos olvidar nunca que es mejor prevenir que curar.

Xavier